



Francisco Valdés S.
Obispo de Osorno

**LAS PRIMERAS MONJAS
DE CHILE**

CARTA PASTORAL
SOBRE LA CELEBRACION
DEL CUARTO CENTENARIO
DEL "MONASTERIO DE SANTA ISABEL"
DE OSORNO,
PRIMERA COMUNIDAD FEMENINA
DE CHILE

INTRODUCCION

Como primicia de la vida virginal consagrada a Dios sale a nuestro encuentro el recuerdo cuatro veces centenario de la fundación del Monasterio de Santa Isabel, en nuestra ciudad de Osorno, en la primavera del año 1571. Con esta primicia de la Iglesia en la recién fundada colonia española de Nuevo Extremo, se abrió el camino a las innumerables comunidades de monjas que, a través de los siglos, vendrían a perfumar el ambiente de la Patria con la vida consagrada, semejante a una sonrisa de Dios reflejada en almas escogidas que dan respuesta generosa a la divina invitación, y dan al mundo el testimonio de los supremos valores del espíritu.

Las modestas proporciones de este primer convento, o "beaterio" como se llamó en sus principios, allá en los albores de la Colonia, en medio de las sobrehumanas dificultades y privaciones que caracterizaron la fundación de Chile en el aciago siglo XVI, no disminuyen sino aumentan los méritos de sus fundadoras, pues con su ejemplo de fe y de servicio por amor en vida consagrada, dejaron a la posteridad una huella luminosa.

El hecho de haberse realizado esta primera fundación chilena, la segunda del Continente según parece, en esta lejana "villa de Osorno" apenas 12 años después de ser poblada la ciudad, nos obliga a reflexionar sobre su significado. Ni ha de quedar sin repercusión en el alma nacional, pues los principios vitales que habrían de señalar a la Patria el

camino de la civilización, de la libertad, del orden social, la justicia y la paz, son los mismos principios que dieron origen a la primera comunidad consagrada, con el impulso de los más generosos que hacen de su vida una entrega total, como lo significa la profesión religiosa.

Suene, pues, esta conmemoración más como un llamado que como un recuerdo. Romper el materialismo que hoy amenaza sepultar el alma de Chile es orden del día para los cristianos que han comprendido el alcance de su misión vital. El estímulo de las "tres Isabelas" de Osorno sea signo luminoso, como lo es la vida consagrada, puesta por Dios en el seno de su Iglesia para decir siempre a los cristianos peregrinos: "Más arriba", indicándoles la última meta de toda existencia humana, el dominio absoluto de Dios sobre la creación, y la generosidad con la cual ha de responder el ser inteligente al infinito amor del Padre.

Mediante esta Carta quisiéramos ofrecer a la Iglesia en esta ocasión no sólo el aporte de un recuerdo tan interesante, sino sobre todo el aporte de una reflexión sobre su significado profundo, teniendo en vista la urgencia de propulsar el DESARROLLO CRISTIANO, en extensión y en profundidad, conforme a la ley de vida del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, y como verdadera garantía de todo auténtico desarrollo humano y social.

Sin pretender entrar a desarrollar históricamente el tema, de por sí tan atrayente, y que dejamos a la labor de los historiadores, indicaremos sólo algunos datos que enmarcan la fundación que nos interesa. Y reflexionaremos sobre el origen de la vida religiosa de las vírgenes consagradas partiendo de la Revelación Cristiana en sus fuentes. Luego invitaremos a investigar, en las profundidades de la fe, el significado de la virgen consagrada: esposa de

Cristo. Propondremos en síntesis los principios de renovación indicados por el Concilio más para el conocimiento de los fieles que de las religiosas, ya abocadas al estudio de los documentos de la Iglesia. Expondremos la urgencia de la presencia religiosa en tantos campos antiguos y nuevos que se abren en la Iglesia y en la sociedad de hoy, tratando de hacer un eco al llamado divino que golpea las conciencias y las mueve a la labor por su Reino. Confiamos el fruto de nuestra labor a la Divina Sabiduría, que en María tiene su Sede más preclara, para que ella atraiga con su celestial sonrisa lo más selecto de nuestra juventud. Y ponemos la labor bajo el patrocinio de santa Isabel, la viuda hija de reyes de Hungría, princesa destronada de Turingia, alma franciscana de fragancia maravillosa, que fuera elegida patrona de la primera comunidad de monjas que hubo en Chile.

I. EL MARCO HISTORICO

La primavera del año 1571 es señalada por los cronistas como punto de partida de la institución de monjas que hubo en Osorno. Su existencia fue ampliamente reconocida y fue grande su resonancia dentro del país, en América y en España. Si bien es cierto que una crónica propia del monasterio no existe, muchos datos han sido citados por cronistas e historiadores, especialmente sacados de los informes del archivo de Indias que contiene la documentación oficial de la Colonia ante la Corte del Rey, de los archivos de Curias episcopales y de la Orden franciscana. Todos estos datos han sido recopilados recientemente por el erudito osornino Anselmo Escobar, a quien la Iglesia de Osorno quedará siempre agradecida.

No se comprendería cómo haya caído en esta lejana villa el privilegio de tener la primera fundación religiosa si no se recuerda que en nuestra ciudad, desde su fundación, se dio un excepcional valor a los factores religiosos. El primer solar destinado a uso público fue otorgado al Obispo, con el supuesto intento de tener en Osorno la sede episcopal del Sur de Chile. En el escudo de la ciudad se tuvo, junto al lema de la conquista "PRO PATRIA NEC ASPERA TERRENT" ("por la patria no aterran las adversidades más ásperas") el lema del Osorno castellano "FIDE ET AMORE" ("con fe y con amor"). Apenas veinte años después de fundada la ciudad por don García Hurtado de Mendoza, contaba la villa con tres conventos de religiosos, además de su pa-

rrroquia dedicada a san Mateo, con su iglesia bendecida en 1578. Ellos eran el de los franciscanos, fundado en 1565; el de los dominicos, en 1571 y el de los mercedarios, por 1578. Cada uno de ellos es recordado repetidas veces en diversos documentos, conservándose la nómina de religiosos, actividades y sucesos importantes de la época. Es interesante, por ejemplo, recordar que la mayor actividad misionera entre los indios que se realizara en Chile fue en Osorno, excedente por mucho a cualquier otra, llegando a contar con diez doctrinas, con más de 13 mil indios evangelizados. Que la mayor iglesia que se construyó en Chile, sólo dos metros menor que la Catedral de Santiago, fue la de san Mateo de Osorno. Hay, además, una serie de religiosos oriundos de nuestra Ciudad en el siglo XVI.

La fundación de la comunidad que nos preocupa se debió a la piedad y devoción en primer lugar de doña Isabel de Landa, viuda española que se avercindó en Osorno, la cual fue ayudada en su designio por su amiga Isabel de Placencia, viuda del conquistador Juan Ruiz de Pliego. Uniéronse además otra Isabel, sobrina de la última, que tomó el nombre de Isabel de Jesús. Las tres decidieron vivir en comunidad, apartarse de la vida mundana, vivir vida religiosa, dedicada a la oración y a las buenas obras bajo obediencia. Se sabe que las ayudó grandemente el clérigo Juan Donoso, avecinado por cerca de veinte años en Osorno, y el Superior de los franciscanos, quedando la comunidad a cargo del convento de san Francisco en lo referente a dirección espiritual y régimen de vida, ya que las monjas adoptaron la Regla de la Orden Tercera de san Francisco. Se llamó, desde el principio, Monasterio de santa Isabel, y las monjas, las "isabelas". Parece, además, que recibió el nombre de "Monasterio de la Buena Enseñanza", como recuerda el historiador franciscano Olivares, pues las monjas impartían enseñanza a hijas de españoles y de indios.

Es curioso observar que no existe documento alguno que indique la licencia o decreto de fundación ni de parte del Rey Felipe II ni del Papa Gregorio XIII, como es procedimiento canónico en estos casos. Se presume que bastó la devoción de las tres Isabelas para constituirse en comunidad según la Regla de la Orden Tercera de san Francisco, y que, más tarde, cuando vino en visita el primer obispo de la Imperial, fray Antonio de san Miguel, en 1573, haya confirmado la fundación, imponiéndole clausura monástica, nombrando la primera Abadesa que fue Sor Isabel de Placencia, ordenándoles dedicar tiempo a la instrucción de las hijas de españoles y de indígenas. Este gran obispo que impulsó por primero la educación entre araucanos, ha de ser tenido como el verdadero creador de la instrucción pública de Chile.

Consta que a fines de siglo vivían en el monasterio cerca de veinte religiosas, lo que significa una vida regular estable. Todas ellas eran hijas de españoles residentes en Osorno, y los nombres de muchas han quedado asignados en las crónicas.

Se conserva, además, la regla de vida, llamada de "obediencia", según la cual se regía la comunidad, y que se refería a diversos aspectos, como ser las condiciones de admisión, la aceptación y profesión, la vestimenta (eran de velo blanco, que cambiaron en velo negro al transformarse en monjas de Santa Clara en Santiago).

La ubicación del monasterio en nuestra Ciudad se ha podido verificar sólo a través de los planos antiguos, sin que en la actualidad quede recuerdo alguno. Era en las cercanías del Río Damas, entre las actuales calles Baquedano y Los Carrera, Matta y Cochrane. El Capitán don Francisco de Figueroa, a fines del siglo, les edificó una grande y suntuosa iglesia, como obsequio a sus hermanas María y An-

drea, que eran religiosas profesas en el Monasterio de santa Isabel.

El desarrollo de la vida religiosa de la Comunidad de Osorno, careciendo de documento que la haya conservado a la posteridad, sólo podemos figurarnos dentro del marco de la normalidad monástica sumida en el anonimato del "ora et labora" cotidiano, y de los acontecimientos de Osorno durante el medio siglo de su existencia primitiva, de la cual no habría de quedar piedra sobre piedra. Fue Osorno en el siglo XVI la ciudad más próspera de Chile, sea por sus edificios, como por su producción agrícola, como por sus industrias, como por el gran número de indios y españoles que tomaban parte en su desarrollo. Tenía hasta su propia "Casa de la Monda".

Sin embargo, la vida de esta villa, como las demás del Sur de Chile, estuvo sometida permanentemente a la adversidad proveniente, por una parte, de una naturaleza tan radiante como salvaje, y por otra parte, de la hostilidad creciente de los indios araucanos, que puso a prueba el valor de los conquistadores españoles durante ese medio siglo de la aventura que significó venirse a poblar estas lejanías. Era el típico exponente de la hidalguía hispánica del siglo de oro, y del indomable idealismo de extender los dominios de Nuestro Señor y de Su Majestad el Rey a costa de cualquier esfuerzo y sacrificio.

Entre los acontecimientos dignos de recordar está el terremoto de 1575, que destruyó las ciudades del sur de Chile desde Concepción a Castro. El monasterio de santa Isabel quedó reducido a escombros, pues parece haber sido edificado de adobes con techo de tejas. La nueva edificación se hizo de madera, y había de ser consumida por las llamas el aciago año de 1602.

Además hay que recordar que entre 1558 y 1594 hubo nueve levantamientos araucanos, reprimidos

generalmente mediante duros castigos impuestos en campañas de sometimiento efectuadas por los militares españoles. Los episodios de armas están descritos con nombres y detalles en esa inmensa guerra que se iba insinuando a medida que los indios tomaban conciencia de la opresión a que iban siendo reducidos, y de su capacidad bélica, de la que tan alta demostración iban a dar en la larga y desastrosa guerra de España en América.

En diciembre de 1599 cayó derrotada la plaza de Valdivia, y con esta noticia se preparó la resistencia en Osorno. Toda la población colaboró en apertrechar el fuerte, que se hallaba frente a la iglesia principal. El asedio había de durar casi tres años. Los ataques están descritos con colores realistas y en todos sus pormenores por las crónicas de la época. Toda la población comenzó a refugiarse con frecuencia en el recinto cerrado del fuerte, incluso las monjas isabelas, que "dieron siempre el ejemplo de fe, resignación y fortaleza propios de personas consagradas a Dios". Desde el fuerte vieron repetidas veces saquear las casas del vecindario, y los templos que habían sido su legítimo orgullo.

La vida en el fuerte se hizo cada vez más penosa. Una de las monjas sitiadas asegura que "por muchos meses les fue forzoso sustentarse comiendo perros y gatos y yerbas del campo" (Descripción del sitio de Osorno, Cédula Real, 1606). Fueron diezmados por las enfermedades y la muerte día tras día, mientras fuera del fuerte los indios furiosos pasaban a cuchillo a cuanto cristiano encontraban, después de perpetrar con ellos inauditas crueldades. Es aquí donde se sitúa el famoso caso de la monja cautiva Sor Gregoria Ramírez, narrado por varios cronistas y especialmente por el historiador jesuita Diego Rosales. Esta religiosa de las isabelas de Osorno fue capturada por el cacique Huentemagu. Perтенecía a una de las familias más distinguidas de

Osorno y quedó reducida a cautividad durante algunos meses del año 1603. Dejamos al P. Rosales describir el episodio: "Lo que más lastimó a todos en el fuerte de Osorno fue haber cautivado dentro del castillo una monja llamada doña Gregoria Ramírez, que aunque algunos han escrito que la cogió saliendo a buscar yerbas del campo, no fue sino dentro del castillo, como lo refieren y lo he sabido por personas que allí se hallaron, a la cual tuvo el bárbaro que la cautivó un gran respeto en su tierra, porque aunque al principio la quiso tener por mujer, como lo hacían con las demás españolas, esta esposa de Cristo fue tan constante y le dio su Divino Esposo tal autoridad para con su amo, que viendo su gran honestidad la miró con decoro y la puso en casa aparte y le buscó un breviario con que rezara, y mandaba a todas las mujeres y domésticos que la obedeciesen, que es tal la santidad, que cautiva se hace señora. Y habiendo estado algún tiempo cautiva y en esta aflicción, la sacó el capitán Peraza, con guías que tuvo que ir al rancho donde la tenía su amo y la trajo a Osorno, de donde fue con las demás monjas a Chiloé".

Fue muy comentado en Chile, en todo el Virreinato del Perú e incluso en España misma este episodio de Sor Gregoria, dando lugar a relaciones y en especial al célebre poema "Huentemagu", del poeta chileno Salvador Sanfuentes, digno del mejor elogio por su elevación de espíritu y clasicismo literario.

Narran las crónicas que el cacique Huentemagu, después de la despoblación de Osorno, fue hasta Santiago en pos de Sor Gregoria; acudió al Monasterio y solicitó ser instruido en la fe y bautizado, tomando el nombre de Rosauro. Permaneció como portero del Monasterio de santa Clara hasta su piadosa muerte, porque quiso escuchar siempre la voz

de Sor Gregoria que cantaba en el coro las divinas alabanzas.

Siete monjas murieron durante los tres años pasados con el resto de la población en el fuerte de Osorno. Haciéndose cada vez más desesperada la situación, resolvieron finalmente evacuar la Ciudad y el fuerte. Los defensores organizaron la huida preocupados por la suerte de las monjas. A favor de la oscuridad de la noche salieron a pie, rezando el rosario, en dirección al Sur. Un mes duró el viaje terrestre hasta llegar a Calbuco. Hay en este trayecto un lugar del campo que hasta hoy se llama Las Beatas, en el cual permanecieron, seguramente, en espera de noticias de embarcación para pasar el canal. Por fin arribaron a Castro donde quedaron cerca de un año. El P. Juan Bardejo, Guardián de los franciscanos de Imperial, ciudad igualmente destruida en 1600, acompañado con dos religiosos legos, se encargaron de conducir por mar hasta Valparaíso a las monjas de Osorno.

A su pasada por la isla Quiriquina fueron visitadas por el Obispo de Concepción, Reginaldo Lizárraga, y por el Gobernador de la Nación, don Alonso de Rivera. El Obispo alegó su autoridad para que quedasen en Concepción, como procedentes del sur de su jurisdicción diocesana, pero fray Juan alegó que traía obediencia de sus superiores para conducir a las monjas hasta Valparaíso, y así lo hizo.

Se establecieron primero en San Francisco del Monte, pero al carecer de convento y medios de subsistencia, prefirieron ingresar a la Capital. En 1604 llegaron a Santiago, donde los franciscanos dispusieron para ellas del solar en el cual se estableció el Monasterio de santa Clara, del cual las isabelinas de Osorno fueron las primeras religiosas, acogándose a la Regla de santa Clara y dando comienzo a la vida regular que continúa hasta hoy día en ese monasterio sin interrupción.

Las religiosas osorninas que llegaron a Santiago fueron las siguientes: Elena Ramón y Landa, Elena Lezana, Baltasara Villarroel, Magdalena Sierra, Isabel Ramírez, Leonor Basurto, María Mendoza, María de Orozco, Gregoria Ramírez, Beatriz de los Angeles, Ana de Jesús Jofré, Josefa de León, Catalina Barros e Inés de Alderete y otras más cuyos nombres no se conservan.

Con el fin de inclinar hacia la comunidad el favor del Rey Felipe III, las monjas elevaron una súplica fundada en los motivos que las indujeron a salir de su casa de origen, por haber perdido todo lo propio en la guerra de los indios sublevados. El Consejo de Indias pasó a conocimiento del Rey lo acontecido a las monjas isabelas de Osorno en un documento que sirvió para el conocimiento de la posteridad, por cuanto en él se describe minuciosamente cuanto hemos recordado en estos párrafos. Inclinado el favor del Rey, mandó edificar el Monasterio de santa Clara, casi frente a san Francisco en la Alameda, en el sitio que hoy ocupa la Biblioteca Nacional, donde residieron las religiosas en clausura hasta el año 1912.

Al fundarse la Biblioteca Nacional, construyeron su nuevo monasterio cerca de la Recoleta Franciscana, donde residen actualmente, en la calle Eusebio Lillo. Se cambió igualmente el nombre de la calle "Claras", donde estaba el antiguo monasterio por el de Mac-Iver. Nuevamente emprenderán el traslado por hacerse demasiado espacioso y malsano el actual edificio, e irán a establecerse en Montserrat, camino de Puente Alto; la única reliquia histórica que conservaron en su poder es un gran Crucifijo que condujeron consigo a costas en su odisea desde Osorno hasta la Capital. En la actualidad se encuentra en el Museo de san Francisco de la Alameda.

Durante cuatro siglos sin interrupción, esta benemérita primera comunidad de vírgenes consagradas de Chile, ha venido cumpliendo en el silencio del claustro esa misión que corresponde a la vida contemplativa, sumida en la actividad del Espíritu que es oración, ofrecimiento, participación íntima en la vida, muerte y resurrección de Cristo, presente en el alma de la Iglesia a través de los siglos. Un hecho notable prestigia grandemente la comunidad de las monjas claras del primer Monasterio. El año 1780, solicitadas por los fieles de Mendoza en la República Argentina, salieron cuatro clarisas hacia esa ciudad, atravesando en mula la cordillera de los Andes, y fundaron allí el "Convento de la Enseñanza", que existe hasta hoy. Después de darle sus fundamentos y consolidarlo en su espiritualidad y en sus actividades, las fundadoras regresaron a su monasterio de origen en Santiago.

Hubo tiempos en que abundó la cultura literaria y musical en el interior del Monasterio de santa Clara, donde se daban cita las familias de Santiago para escuchar conciertos ejecutados por religiosas detrás de las rejas. Los libros del archivo, numerosísimos y bien documentados, denotan una gran perfección literaria y caligráfica. El número de religiosas fluctuaba entre cincuenta y noventa durante los mejores años de la Colonia. Hoy no es tan numeroso, pero suficiente para mantener la vida regular y el cumplimiento de su noble misión de Iglesia orante.

II. LAS RELIGIOSAS EN LA IGLESIA

Puesto de honor Desde los primerísimos tiempos, la Iglesia manifestó una especial estima por las vírgenes que consagran su vida a Dios en un estado especial, movidas por una auténtica vocación. Nadie puede dudar que en la obra redentora, Dios ha manifestado predilección por la virginidad, realizando nada menos que la encarnación del Verbo mediante una maternidad virginal, y señalando claramente Nuestro Señor en el Evangelio por su ejemplo personal y por su enseñanza, la excelencia del estado virginal, cosa absolutamente desconocida en el pueblo hebreo y en el mundo pagano. San Pablo lo dice explícitamente escribiendo a los corintios (I Cor. 7,3).

Los Santos Padres de la Iglesia, prácticamente sin excepción, abundan en expresiones elogiosas y promotoras del valor de la virginidad, como por ejemplo san Cipriano, que llama a las vírgenes consagradas "la porción más gloriosa del rebaño de Cristo". En resumen, aseguran los Santos Padres que, a impulso del amor, menospreciando las solicitudes del mundo, como ajenas a él, y superando las divisiones del corazón, tan cómodas como llenas de peligros, no solamente se consagran del todo a Cristo, esposo de las almas, sino que entregan sus vidas para siempre adornadas con todas las virtudes cristianas, al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Crisis moderna Es cierto que la debilidad de la fe en innumerables cristianos de hoy desconcertados por ciertos avances humanos, ha re-

percutido especialmente en la vida religiosa, la cual funda toda su esencia en el contenido profundo y en las exigencias de la fe. Nadie duda que ha bajado la comprensión, el aprecio y el interés por la vida religiosa en la sociedad moderna. No es difícil, sin embargo, descubrir las causas de este fenómeno. El cambio de época se debe, en su mayor parte, al espectacular desarrollo técnico y científico y a su influencia en la manera de vivir y de pensar del hombre y de la mujer de hoy. Las nuevas posibilidades de desarrollo de la persona y del goce de su libertad ilusionan inmensamente a la generación joven, eclipsando en ellos los valores auténticamente espirituales, de orden sobrenatural. Sin desvirtuar ni despreciar absolutamente aquellos valores naturales, estos los superan de todos modos, y los hacen servir a las finalidades espirituales que son las auténticamente humanas, por ser el hombre ante todo un ser espiritual. Se añade a esta causa general, una educación cristiana generalmente superficial, imbuida de sofismas acomodaticios y ajena a las grandes exigencias del Evangelio.

Ha influido, además, ciertamente, un proceso de secularización mal entendido, que ha querido desbaratar sin discernimiento ni delicadeza, conceptos y costumbres que, sin ser de la esencia misma de la Revelación Cristiana, habían sido asimilados junto con ella, y que necesitan tiempo y discernimiento para ser reemplazados por formas y medios más apropiados. El vendaval del secularismo se ha unido al materialismo anticristiano en el afán de liquidar todos los valores sagrados, mostrándolos opuestos al desarrollo del hombre, declarándolos oscurantistas primero, y después alienantes.

La generación cristiana no ha sabido resistir valiente e inteligentemente estos ataques, de los cuales ciertamente saldrá purificada y fortalecida.

Volver a las fuentes

Bien sabe la Iglesia que los auténticos valores del Evangelio encontrarán siempre comprensión y adhesión en la humanidad sana, libre de prejuicios y de buena voluntad. La Revelación Cristiana corresponde en toda su amplitud a las aspiraciones humanas. En repetidas ocasiones durante su recorrido secular la Iglesia señaló a los hombres, ilusionados por las novedades, los caminos de la verdad y del bien amenazados de borrarse de la conciencia individual y social. En cada ocasión le basta a la Iglesia señalar las fuentes y volver a beber el agua viva que de ellas brota, para recobrar todas las energías espirituales propias del Evangelio eterno. Son ellas las que hacen germinar los ideales de entrega y florecer el amor consagrado que alegra la ciudad de Dios. La consagración de las vírgenes a Cristo y su entrega a la Iglesia se hacía en los primeros siglos cristianos, espontánea y privadamente, y más bien con hechos que con fórmulas y palabras. Cuando, más tarde, formaron las vírgenes no sólo una clase de personas en la Iglesia, sino un estado definido y un orden aprobado oficialmente, comenzó a profesarse públicamente la virginidad como estado permanente, y, por lo mismo, se la confirmó con vínculos más significativos y obligatorios. Después la Iglesia, al aceptar el sagrado voto y propósito de la virginidad, consagraba a la virgen como persona inviolablemente entregada a Dios y a la Iglesia con un rito solemne que está registrado entre los más hermosos monumentos de la antigua liturgia, y distinguía claramente a la virgen así consagrada de aquellas otras que con votos solamente privados se obligaban a Dios.

Esta profesión de la virginidad era guardada con una vida ascética vigilante y severa, fomentada con ejercicios de piedad y de virtud propios de los cristianos que aspiran a la perfección evangélica. En las enseñanzas de los Santos Padres, tanto griegos

como latinos, resalta la imagen hermosísima de la virgen cristiana, y es colocada ante los ojos del mundo como ejemplo de entrega generosa. En sus escritos ilustraron vivamente, con gran diligencia y amor, aquello que en el orden interno y externo tenía relación con la santidad y la perfección virginal. Se sabe que san Ambrosio, siendo Arzobispo de Milán, predicaba con tal entusiasmo sobre la grandeza de la virginidad cristiana, que las madres de la ciudad temían enviar a sus hijas a escucharlo, por el gran número de las que abrazaban este estado, a raíz de las enseñanzas de un tal obispo.

La vida monástica

A medida que este estado se incrementaba en todas partes, las comunidades de las vírgenes se iban diversificando, aunque guardaban en común todo lo que provenía de ordenación eclesiástica. En Occidente fue la Orden Benedictina la que difundió este ideal, poblándose con ellos primero el mundo mediterráneo, y después de las invasiones de los bárbaros, a medida que estos nuevos pueblos adoptaban el Evangelio, todos los países, incluso los más nórdicos, se vieron poblados con monasterios. Muchos de ellos aún hoy subsisten, y han celebrado su milenio y más de existencia ininterrumpida.

Las diversas reformas monásticas surgidas de santos monjes inspirados a siempre mayor perfección, fueron dando origen igualmente a fundaciones de monasterios femeninos correspondientes a esas reformas, como ser las monjas cistercienses, olivetanas, camaldulenses y otras.

Hasta fines de la Edad Media consta por los documentos de la Iglesia que fueron únicamente las monjas de los monasterios las que, a una con los monjes, representaban el "estado de perfección" que había sido reconocido oficialmente por la Iglesia.

Vinieron entonces los nuevos fundadores, especialmente de las órdenes llamadas mendicantes, marcadas por su carácter de peregrinos, desprovistos de propiedades, misioneros, surgidos de las nuevas necesidades y de los nuevos campos de apostolado que se presentaron a la Iglesia, entregando sus huestes a la predicación, a las obras de apostolado y de misericordia, a las misiones, a la liberación de los cautivos y a los enfermos. También estas nuevas órdenes, especialmente los franciscanos, dominicos, carmelitas, trinitarios, mercedarios, y muchas otras, tuvieron desde sus comienzos las correspondientes fundaciones femeninas, encabezadas muchas veces por grandes santas, émulas de los fundadores. Típico es el caso de san Francisco y santa Clara. Dados los conceptos de la época acerca del rol de la mujer, centrado especialmente en el hogar, y representante de la vida afectiva interior, estas nuevas órdenes mantuvieron sus características monásticas, gozaron de los privilegios de los llamados "votos solemnes", o sea los únicos reconocidos oficialmente por la Iglesia, y en sus monasterios, austerísimos y a veces sumamente pobres, mantuvieron siempre la clausura papal.

Las religiosas en el apostolado Entrando la Edad Moderna surgieron nuevas formas de vida religiosa consagrada, diversas por sus observaciones, sus finalidades específicas, su espiritualidad centrada en uno u otro de los factores principales de la vida espiritual y ascética. Muchas de ellas provenían de los nuevos institutos religiosos de varones que lanzaban a la labor apostólica nuevos ideales de acción, que eran captados igualmente por generosas mujeres que ordenaban sus filas junto a los nuevos religiosos. Antes del siglo XVI, sin embargo, no hubo órdenes ni congregaciones femeninas que no estuviesen encuadradas en la forma monástica y bajo la ley de la clausura.

En los tiempos más recientes fueron surgiendo una tras otra innumerables nuevas formas de vida religiosa femenina, aprobadas por la Iglesia siempre después de un tiempo de prueba y sometidas a revisión con el discernimiento correspondiente a obras destinadas a las mismas finalidades de la Iglesia. De las primeras fueron las ursulinas, las angélicas, las visitandinas, y las que más rápidamente se multiplicaron, las Hnas. de la Caridad, fundadas por san Vicente de Paul. Igualmente comenzaron a surgir las congregaciones educacionistas inspiradas en la necesidad de dar educación a las nuevas y cada vez más numerosas generaciones cristianas. De las primeras fue el Instituto Santa María, fundado por María Ward, ilustre joven inglesa refugiada en Bélgica durante la persecución de Inglaterra, impulsadora de innumerables institutos de educación.

El inmenso florecimiento de vida religiosa de los siglos modernos, provocado por las ingentes necesidades no sólo de los países cristianos, sino también y en gran medida por la urgencia de la extensión de la Iglesia en países de misión, significó un crecimiento de vida interior y exterior de la vida religiosa. El llamado al apostolado fue escuchado con ardor y realizado con generosidad. Incluso los monasterios de vida contemplativa se sintieron llamados, especialmente bajo el impulso dado a las misiones por el Papa Pío XI, a establecer fundaciones en los países más lejanos del Oriente, en Africa y en América.

Más tarde, preocupado el Papa Pío XII por el inmenso movimiento provocado por las obras de apostolado activo en el seno de la Iglesia y por las necesidades de establecer el ámbito de las actividades propias de las religiosas junto con mantener incólumes los valores propios de la consagración y de la profesión religiosa, fundamento de toda auténtica vida apostólica, e interesado por la suerte de los

monasterios de vida contemplativa amenazada de menosprecio y de agotamiento por el afán de un activismo que busca eficacia puramente humana, lanzó para las monjas su famosa Constitución Apostólica "Sponsa Christi" (1950), mediante la cual ordena sabiamente los conceptos y da las normas necesarias para salvaguardar los grandes valores de la consagración virginal.

Errores de la época Apremiado este mismo Pontífice por una serie de errores surgidos en contra del valor de la virginidad tal como la Iglesia la ha enseñado y cultivado, como herencia preciosa de Cristo, publicó otra de sus magistrales cartas encíclicas, "Sacra Virginitas" (1954), mediante la cual ilustra a fondo y magistralmente el argumento de la virginidad consagrada.

El redescubrimiento del valor espiritual y el cultivo de la teología propia del matrimonio y de la familia, junto con promover la estima de estos valores, provocaron no poco desprecio de la virginidad consagrada. Se alegó que el instinto sexual es tendencia natural indispensable para el desarrollo normal de la persona, y, siguiendo las teorías de Freud, se llegó a descubrir en la sexualidad toda la energía síquica de que es capaz el hombre (pansexualismo). Se argumentó que, siendo el matrimonio un sacramento, tiene supremacía sobre la virginidad. Que la mutua ayuda en la pareja matrimonial es preferible a la soledad del célibe. Que la Iglesia necesita más de casados que de vírgenes. Que la castidad aparta de la sociedad humana y hace inútiles a los hombres. A estos errores conceptuales se han añadido hoy prácticas de vida, campañas de publicidad y toda una máquina montada que constituye un ataque permanente al valor de la virginidad consagrada, y un asalto no sólo a los valores cristianos sino a la dignidad misma del hombre y de la mujer. Los

valores femeninos en su conjunto, y especialmente el de la virginidad consagrada, han constituido un baluarte edificado, mantenido y defendido por el cristianismo en medio de ataques que pretenden reducir la estatura superior de la mujer, elevada por Cristo de la condición de Eva a la de María.

Pío XII responde con maestría, serenidad y firmeza a todos los errores y ataques contra la virginidad consagrada, señalando, además, que ella a nadie se le impone sino que los que quieren la eligen libremente. Que no se trata de despreciar el amor humano, sino de comprender que hay un llamado que capacita al ser humano, para superarlo con un amor mayor, de orden puramente espiritual, enfocando directamente a Cristo, presente al alma humana que vive en gracia de Dios. Además recuerda el Papa que el amor impulsa a la imitación, de manera que cuantos han amado a Cristo sinceramente se han sentido movidos a imitarlo en su virginidad. A la vista están, además, los frutos palpables de la virginidad consagrada, sea en la inmensa actividad apostólica que de ella promana en los más diversos campos de actividades en todo el mundo, como aquella misteriosa fecundidad proveniente de la vida interior de las almas contemplativas ocultas en el claustro. Considera también Pío XII en la misma Encíclica, que aunque la virginidad sea un estado más excelente, no es necesaria para la santidad. A nadie le es exigido este estado, sino a quien es consciente de estar llamado, movido por un amor seguro y probado a Cristo y a su Iglesia. Ella solamente acepta para este estado a personas que cumplen las condiciones de libertad, discernimiento y madurez, sometiéndose al tiempo de prueba necesario establecido por las leyes canónicas antes de emitir la profesión de los votos religiosos. Además, sólo con la gracia de Dios, o sea mediante una vida en permanente relación personal con él en la oración y los sacramentos, la virginidad consagrada constituye la

realidad espiritual y social que tiene el valor de ser "signo" vivo de la supremacía del espíritu, de la respuesta total al amor de Cristo, y de su presencia, Resucitado en medio de los hombres.

III. "ESPOSA DE CRISTO"

La Revelación cristiana, centrada en el Evangelio, ha ido entregando a la humanidad redimida siempre nuevos tesoros espirituales que forman un patrimonio de incomparable valor. Todos los campos de la cultura, la teología, la convivencia social, el servicio del prójimo, la ascética y la mística, han obtenido de él su dinámica evolutiva y su perfeccionamiento, porque en ese patrimonio actúa el Espíritu Santo.

No hubo prácticamente época alguna de la era cristiana en la cual no surgiera algún nuevo impulso hacia la vida consagrada, como exponente vital de la espiritualidad cristiana, promovida por el Espíritu Santo en el seno del Cuerpo Místico de Cristo.

Sobre la vocación al estado de virginidad consagrada, sobre la esencia espiritual de este estado de vida, sobre su transcendencia en la vida cristiana y sobre la fecundidad extraordinaria de la profesión religiosa han escrito a través de los siglos autores inspirados, iluminados por los fulgores de la fe y de la caridad. Los cristianos de hoy, asfixiados en gran parte por el materialismo ambiente, con dificultad perciben el valor profundo de las realidades espirituales que ven pasar a su lado. Su mirada es superficial. Captan generalmente algunas exterioridades como las vestimentas, la soltería y cuestiones intranscendentes. Ignoran el mundo interior que es el reino de Dios en el alma, la luz de su presencia, el dinamismo del espíritu especialmente activo en

la persona consagrada que permanece en la integridad de su vocación y profesión religiosa.

Algunos conceptos fundamentales quisiéramos exponer a nuestros fieles, para que del conocimiento de los principios de vida espiritual que caracterizan la profesión religiosa surgiese un mayor aprecio por esta vocación.

La vocación Don precioso que Dios hace a la criatura humana es la gracia de la adopción sobrenatural por Jesucristo, el Verbo encarnado. Sólo el Amor infinito puede atravesar todas las distancias y colmar todos los abismos. Quien avanza en la comprensión del amor de que es objeto por parte de Dios, es decir, quien vive su fe en profundidad, no puede menos de responder con la espontaneidad que siente suscitarse en su corazón: amor con amor se paga. Nunca el alma humana morirá, ni en el ambiente moral más bajo, materialista y ateo. La conversión del corazón a Dios, es siempre posible cuando Cristo se presenta con su amor invencible: "Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia", enseña san Pablo.

Este llamado a ser hijo de Dios, la vocación cristiana, puede ser inicio de otro llamado que lo supera en amor de parte de él, y en consecuencia, para el cristiano. Es la vocación a una intimidad mayor, a una relación personal y más profunda propia del alma que se siente irresistiblemente impelida a una entrega semejante a la condición de esposa.

Jesús, al explicar el misterio del Reino de Dios, lo compara con un banquete, en el cual hay diversas categorías de personas. Hay servidores que respetan y obedecen con perfección al patrón de la casa, imagen de los cristianos que observan con fidelidad la Ley de Dios y son fieles a la Iglesia. Hay, además, los invitados, los amigos, que gustan y aprovechan

el banquete, pero luego de terminado se despiden y se van. Son todos los que conocen y aceptan el cristianismo, comprenden sus enseñanzas y aprovechan las ventajas de la sociedad que va evolucionando en perfección en la misma proporción en que recibe y aprecia el Evangelio de Jesucristo.

Hay también los hijos, siempre partícipes de los bienes de la casa, que llevan el nombre del padre y son herederos de sus bienes. Ellos representan a las almas fieles y se conducen siempre como hijos amantes del Padre Celestial. San Pablo, al dirigirse a ellos, dice: "Ya no sois huéspedes ni peregrinos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios" (Ef. II,19).

Pero hay también en el banquete del Reino, ya desde esta vida, la esposa. Para ella el Esposo no tiene secretos. Con ella comparte la más completa intimidad en la ternura de su amor perfecto. La unión entre los esposos supera por mucho la unión entre padres e hijos, entre hermanos, parientes y amigos. "Los esposos, dice el Señor, dejarán al padre y a la madre para adherir el uno al otro" (Marcos 10,7).

Es cierto que toda alma bautizada es llamada a una unión con Cristo semejante a la unión de la esposa con su esposo. Pero este llamado se hace tanto más insistente cuando la sensibilidad espiritual de la persona responde con mayor generosidad. Por lo tanto, el alma que todo lo abandona por acudir a esta intimidad, característica de la vida consagrada, constituye de por sí un estado comparable al de la esposa, para quien Cristo, el Esposo, es todo.

Esta unión que, por su profunda intimidad, aunque de una manera espiritual, imita la unión del esposo con la esposa, ¿no constituye acaso la suprema aspiración de toda vida religiosa? ¿No es ella a la cual se orientan todas las manifestaciones divinas, y los

esfuerzos más generosos del alma humana, atenta a desechar los obstáculos y a cultivar los medios que la conducen a esta unidad con Dios? ¿Podría alcanzar la plena realización de su ideal de vida, y no fallaría a su destino propio la virgen consagrada si no tendiese con todas sus energías a este feliz estado?

Grandeza increíble, pero realidad innegable, de la cual dan testimonio las interminables legiones de vírgenes consagradas desde que Cristo trajo a la tierra la revelación de su amor divino y humano. Tal es el fondo mismo de la vocación religiosa. No sin fundamento la Iglesia en su liturgia la llama "Sponsa Christi".

Unidad de espíritu

Las realidades divinas son simbolizadas por las realidades de la Iglesia. Así la admirable unión del Verbo con la naturaleza humana tiene su símbolo perfecto en el alma consagrada que responde con la totalidad exclusiva de su amor al amor de Cristo. Esta unión tiene características bien definidas: al unirse con el Verbo, la naturaleza humana se despoja de todo a fin de representar a todo el género humano. Es integral en Cristo: Dios perfecto y hombre perfecto. Está desprovista de toda personalidad, porque ha sido asumida por la Persona Divina del Verbo de Dios. De suerte que, habiendo en Jesús dos naturalezas, hay sólo una persona. La naturaleza humana adhiere plenamente al Verbo, llegando a realizarse la unión personal, llamada en teología "unión hipostática". Es una unión definitiva que ni la muerte podrá disolver. Ha llegado a ser, de tal suerte, instrumento del Verbo para su hacer y su padecer.

Todo esto lo hace el amor. María concibió por obra del Espíritu Santo que es amor. El amor realizó esta unión, él la consagró y la selló, él la conserva y la consume en la oblación total, al decir de san Pablo:

"Se ofreció a sí mismo como hostia inmaculada por el Espíritu Santo" (Hebr. 9,14).

Ahora bien, este misterio de nuestra fe es la fuente y el modelo de la unión de Cristo, Verbo Encarnado, con el alma consagrada. El, Dios hecho hombre, realiza con las almas fieles, en diversos grados, esta unión que lo constituye esposo del alma esposa. En esto consiste su consagración virginal.

Si bien en una proporción limitada e infinitamente inferior a la unión de la naturaleza humana con el Verbo de Dios en la Persona de Cristo, es ella de tal elevación, de tal magnitud y dignidad, que conquista las almas, las eleva y las transporta a la participación de la vida misma de Cristo: "No soy yo quien vive ya, es Cristo que vive en mí", decía san Pablo (Gál. 2,20).

Condiciones: La realización de este misterio de la
dejarlo todo Revelación Cristiana requiere en la persona condiciones de correspondencia que no son fáciles. Es cierto que él llama a los que quiere, y aún deja abierto su llamado a quienes dice: "Si quieres, ven y sígueme" (Mat. 22,14). La primera condición es, por cierto, dejarlo todo, despojamiento y abandono libre y voluntario, en vista de unirse sólo a Dios y para siempre. El Maestro señala en una parábola las excusas que suelen darse, como los invitados al banquete de bodas. Para el alma consagrada estas disculpas no existen, han quedado superadas. Ella se despoja de la posesión de todo bien creado por el voto de pobreza; de todo amor humano carnal por el voto de castidad perfecta; y hasta de su propia voluntad, por el voto de obediencia.

Sólo un conocimiento claro y una voluntad decidida de abrazar este estado de vida enmarcada en los votos religiosos fundamentará suficientemente la

consagración virginal. No es ella propia de personas débiles, ilusas o inestables. Se comprende que, en tiempos de crisis de fe entre los cristianos, y de espiritualidad enturbiada por intereses temporales e ideologías tendenciosas, haya pocas almas que escuchan, acogen y realizan el llamado a la vida consagrada que exige tales renunciaciones y que, en cambio, produce una unión tan significativa con Cristo, el Señor, auténtico esposo del alma religiosa. Incluso en ambientes apostólicos y en sectores de Iglesia que se dicen de avanzada, se menosprecian las exigencias de la vida interior, y se habla de la vida consagrada como cosa de los místicos, fenómenos de otras épocas. Un contagio con el materialismo ambiente y con el temporalismo de pura eficacia humana insensibiliza hoy a muchos cristianos debilitando su respuesta a las exigencias del Evangelio. El despojamiento interior y exterior requerido para la consagración virginal, necesita mantenerse y robustecerse con una permanente diligencia, una fidelidad atenta y una humildad constante. La sensibilidad creciente al llamado interior necesita el espíritu de sacrificio y de mortificación como respuesta al amor infinito de Dios. Bastante claro pinta el Maestro el cuadro de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias, como enseñanza definitiva acerca de la vigilancia en el servicio divino.

Adherir íntegramente al Verbo No basta, pues, guardar la virginidad de alma y de cuerpo para ser admitido a las bodas del Esposo. Es necesario tener en las manos las lámparas encendidas, y aprovisionamiento suficiente. Esta luz y esta energía es la caridad, es decir el amor sobrenatural. Al describir san Pablo la excelencia de esta virtud usa un vigor de expresión al parecer exagerado, pero él sabe por qué lo hace. "Aunque hable todas las lenguas de los ángeles y

de los hombres, dice, aunque tenga el don de las profecías y de hacer milagros, de conocer los misterios y de poseer todas las ciencias, y aunque posea una fe tan grande que transporte las montañas, y aunque distribuya todos mis bienes a los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas hasta que arda, sin caridad de nada me sirve, no soy nada ni valgo nada" (I Cor. 13,1).

Para tener el rango inmerecido y el honor superhumano de la unión con Cristo, es preciso al alma consagrada adherir íntegra y perpetuamente al Esposo: "Mi bien es adherir a Dios", cantaba el salmista (S. 72,28). Adherir a Cristo es seguirlo en todo, seguirlo siempre, hacer propios sus pensamientos, entrar en sus intereses, participar en sus trabajos, asociarse a su destino, disponerse a cumplir con él todo lo que disponga el Padre. En una palabra: serle fiel.

Hay la fidelidad en lo grande y lo difícil, hay la fidelidad en lo pequeño. Conocer y superar las propias fallas es deber de fidelidad. Vigilar las inclinaciones, no omitir la respuesta a cada llamada divina es deber de cuyo cumplimiento depende la integridad de la consagración. Esta insensiblemente puede trizarse aflojando la fidelidad en lo pequeño, hasta fallar insensiblemente en lo esencial. "Yo no os conozco", dijo el Esposo a las vírgenes necias, y se cerró la puerta.

Dice san Bernardo que a esto alude el profeta Isaías en su famosa expresión: "Mi amado tenía una viña en una fértil colina. La cavó y la cultivó, y plantó en ella una viña elegida. Edificó en el medio una torre e hizo en ella un lagar, esperando que le diese uvas, pero le produjo zarzas. ¿Qué más pude yo hacer por mi viña, que no lo hiciera? ¿Cómo es que mientras esperaba que me diese uvas me dio zarzas?" (Isaías 5,2).

La religiosa que ha comprendido a fondo su vocación y guarda la integridad de su fidelidad, mantendrá igualmente su unidad de espíritu con el Señor. "Ni la muerte con sus horrores, ni la vida con sus seducciones, ni los ángeles ni las potestades de lo alto, ni las cosas presentes ni los sucesos futuros, ni criatura alguna podrá separarla de su Señor y Esposo Jesucristo" (Rom. 8,35).

"Para mí, vivir es Cristo", dice ella con el Apóstol (Fil. 1,21). Nada en ella se mueve ni se pone en actividad si no es por los intereses del Esposo.

Ella aplica su memoria, su imaginación, su inteligencia, su corazón, su voluntad, todas sus potencias, toda su actividad al servicio del Verbo, para conocerlo, amarlo, hacerlo conocer y amar. El alma vive por el Esposo, no busca en nada su propia satisfacción ni su interés personal, sino solamente complacer y procurar la gloria de su Esposo.

Medios con que cuenta la virgen consagrada Podría preguntarse si es posible en la realidad llegar y mantenerse en este estado espiritual tan elevado, que más parece irreal. Y habría que responder que sólo es posible cuando se vive la fe y cuando se aprovechan los medios que Dios mismo ha dispuesto para ello.

Primero que todo él llama a la soledad para conversar con el alma, de corazón a corazón (Cant. II, 14). Esta atracción hacia la soledad y la oración es ya obra de Dios y es manifestación de su elección para una persona a la cual él quiere tener por confidente. La historia de la mística cristiana y la larga serie de santas y santos que fueron auténticos confidentes de Cristo, desde san Esteban y san Pablo, forman patrimonio augusto, fidedigno y trascendental en los anales de la Iglesia.

El Verbo de Dios, sin embargo, se da a sí mismo de una manera singular y a todo cristiano en la Comunión Eucarística. Es este el banquete místico por excelencia, por más que las exageraciones comunitarias de algunos liturgistas postconciliares pretendan excluir su sentido esencialmente personal. La Comunión es, pues, el medio más seguro para realizar en el alma cristiana, elegida para la consagración virginal, la perfección de Esposa del Verbo. Es ella "pan de los fuertes" y la garantía de la fidelidad de Cristo.

Así como la Comunión Eucarística, la oración también es el medio ordinario e indispensable con el cual se mantiene la presencia de Dios y la conversación íntima con él a través de los diversos estados del alma, tantas veces explicados por los maestros de espíritu, por los cuales la unión se va purificando y afianzando, como son la vía iluminativa, la vía purgativa y la vía unitiva.

Y la confesión sacramental, el encuentro con Cristo, el Juez que perdona, el Maestro que rectifica la conciencia, el Padre que acoge con bondad, el amigo que consuela, el médico que sana, será siempre un medio de extraordinaria eficacia para mantener la fidelidad y para subir de grado en el amor.

Jesús en medio La comunidad religiosa es una Iglesia en pequeño. La Iglesia vive por la fe y fructifica por el amor. Si no hay amor significa que la fe está muerta, inoperante. Ahora bien, así como el cristiano cree firmemente que en la Eucaristía está Cristo presente, porque él lo dijo, y centra su vida, en cierta manera, en la Eucaristía, así también debe creer en cada afirmación de la boca del Señor: "Donde dos o más están UNIDOS en mi nombre, allí ESTOY YO en medio de ellos". Palabra de Dios (Mat. 18,20).

Esta presencia de Jesús en medio se la experimenta como una realidad magnífica, pero requiere la UNIDAD de los hermanos. Si falta la unidad de espíritu en la comunidad religiosa, falta lo principal, falta Jesús. Si entre las almas consagradas de una comunidad hay unidad, porque cada cual murió a sí mismo y el "hombre viejo" fue "sepultado" y la vigilia mantiene la unidad por amor, entonces la presencia de Jesús se hará sentir real y eficaz, y cada cual experimentará incontestablemente esta verdad evangélica tan fecunda.

Dice san Bernardo que el demonio no teme tanto los ayunos, las oraciones, las penitencias y las demás virtudes de los hermanos, cuanto su unidad, porque entonces Jesús está con ellos. Esta parece ser una de las exigencias más fuertes del Espíritu Santo para los cristianos y para los religiosos de hoy.

Fecundidad de la vida consagrada El contagio del naturalismo impide a muchos cristianos de hoy, incluso a responsables de Iglesia, el percibir la fecundidad espiritual de una

vida interior que trasciende toda experimentación sensible y todo dato estadístico. Unida a Cristo, Verbo de Dios Encarnado que tiene su gloria en participar al ser humano su divinidad, la virgen consagrada se deja conducir con él con docilidad creciente según la generosidad de su respuesta. Así nada va quedando de ella misma, ni pensamiento, ni deseo, ni acción, ni privación, que no provenga de él, de su Revelación, de su inspiración, de su gracia y de su amor. Es de aquí que nace su fecundidad sobrenatural: "Aquel que permanece en mí y yo en él, ese produce mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer" (Juan 15,5).

La Revelación Cristiana nos descubre un campo de acción y una eficacia divina muy diversa de los con-

ceptos meramente humanos, nacidos de cálculos mezquinos o de la capacidad natural. Basta recordar la eficacia de la cruz en la Obra de Cristo, y el padecimiento de los mártires, más eficaz para el avance de la Iglesia que todos los medios humanos. "Lo que nace de la carne es carne; lo que nace del espíritu es espíritu. Es el espíritu el que da vida" (Juan 3,6).

Sin la comprensión de este misterio salvador no cabría explicación para la maravillosa floración de la vida monástica con tantos miles de vírgenes consagradas a través de todos los siglos de la vida de la Iglesia. Su transcendencia queda en cambio a la vista dentro del contexto completo del organismo de la Iglesia, verdadero Cuerpo de Cristo con distintos miembros y distintas funciones al servicio del crecimiento y perfección del mismo Cuerpo para la gloria del Padre. Ya vimos cómo los primeros testigos y comentaristas de la doctrina de Cristo, los Padres de la Iglesia, consideraban la virginidad consagrada como "porción gloriosa del rebaño de Cristo". San Gregorio Magno, uno de los más insignes Padres de la Iglesia, durante una época sumamente difícil, en los grandes peligros que amenazaban a Roma de parte de los bárbaros, y ante las necesidades de evangelizar a los pueblos paganos, se dirigía con frecuencia a las 3 mil vírgenes consagradas de los monasterios de Roma en el siglo V, para solicitarles su oración intercesora.

Nadie que observe el crecimiento de la Iglesia en profundidad dejará de discernir la influencia incomparable de las almas contemplativas que han iluminado su época y la posteridad. Clara de Asís, Catalina de Siena, Angela de Foligno, Teresa de Avila, Margarita María, Teresa de Lisieux, Rosa de Lima, por no traer a colación sino las más famosas, significan para el mundo y la vida cristiana ideales de perfección e impulsos de superación cuya eficacia

no provino de sus fuerzas naturales. Y la primera flor de santidad que, según parece, subirá a los altares en esta tierra chilena, será igualmente una virgen consagrada, Teresa de Los Andes, cuyo perfume significa para la Iglesia de Chile vigor divino y eficacia espiritual que eleva a los hombres a las realidades sobrenaturales reveladas por Cristo.

En las almas contemplativas, enamoradas de Dios, que a veces fueron lanzadas a una actividad incansable por los caminos del mundo, y otras veces permanecieron y se agotaron desconocidas en los muros de su claustro, es siempre Cristo quien se hace presente, quien vive y actúa en bien de la humanidad, adelantando la venida del Reino de Dios.

IV. LA RENOVACION CONCILIAR

Nuestro tiempo se caracteriza por grandes y radicales transformaciones que modifican rápida y profundamente los modos de vida que habían permanecido inmutables durante siglos. También la vida religiosa se ve envuelta en este vertiginoso proceso. Por una parte el espíritu crítico más agudizado la purifica de conceptos supersticiosos superados, y exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante a la fe, lo que hace que muchos alcancen un sentido más vivo de lo divino. Por otra parte, muchedumbres cada vez más numerosas se apartan y se alejan prácticamente de la Religión. La negación de Dios y de la religión no constituyen, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual. Hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo.

No es de extrañar, entonces, que la vida consagrada, que en cierta manera es expresión concreta y genuina de la Religión, tenga que ser revisada para responder plenamente a sus finalidades claramente expresadas de una o de otra manera en la Revelación Cristiana.

A esta exigencia cuidó el Concilio Vaticano II. Entre sus decretos hay uno expresamente destinado a la "adecuada renovación de la vida religiosa". Sus líneas fundamentales son las siguientes.

Regla suprema: En el desarrollo de las instituciones eclesiásticas, cada época, cada necesidad espiritual, pastoral y social, había ido inspirando nuevas modalidades exigidas por el espíritu apostólico inherente al cristianismo. Además, muchas fundaciones de institutos religiosos respondían a concepciones espirituales particulares, o de tal manera específicamente orientadas, que podía preverse un empobrecimiento paulatino. Llegó a multiplicarse en tal forma el número de institutos de vida religiosa que "de tantos árboles no se veía el bosque", según expresión vulgar.

Siendo la vida religiosa ordenada por su esencia misma al Reino de Dios, encomendado a la Iglesia por voluntad expresa de Cristo, se hacía necesario volver a las fuentes perennes de la auténtica espiritualidad cristiana, que son las del Evangelio. Sólo en sus principios simples y claros, exigentes y eternos, tajantes en cuanto al juicio de Dios ante quien no hay personas ni clases privilegiadas, la vida religiosa debía renovarse, como escuela y profesión de perfección, en conformidad al Evangelio. Se comprende que mucho había por renovar bajo esta luz en todos los institutos religiosos, susceptibles de esclerosis por causa de costumbres establecidas y de rutinas propias de la humana debilidad.

Inspiración peculiar Las diversas facetas de la espiritualidad cristiana, como igualmente las diversas maneras de avanzar por los caminos del Reino de Dios, inspiraron, a través de los tiempos, siempre nuevos institutos, cuyo florecimiento enriquece a la Iglesia y corresponde a los designios del Señor, siempre admirable en sus obras. Pide, por eso, el Concilio, que cada instituto mantenga y perfeccione sus características peculiares, con las cuales fue llamado a la existencia por su fundador o fundadora. El patrimonio de cada orden

religiosa, congregación o instituto, significa ciertamente un aporte enriquecedor del Reino de Dios en la tierra. En este sentido el Concilio recomienda a cada uno cumplir con su compromiso como miembro vivo del Cuerpo de Cristo, sea en el retiro de la vida monástica contemplativa, sea en la actividad apostólica propia para la cual fue fundado.

Participación en la vida de la Iglesia La consideración de su misión en el mundo de hoy puso a la Iglesia en "estado de misión" ante nuevas tareas de evangelización y servicio del hombre, necesitado más que nunca de orientación fundamental y de redención. Siendo los religiosos y religiosas el contingente más vigoroso con el cual cuenta la Iglesia para el cumplimiento de su misión divina, era natural que ella, reunidos sus pastores en Concilio, pusiese sus ojos con grandes esperanzas en los hombres y mujeres que se han entregado para siempre a su servicio. Por eso ella les pide que hagan suyos y fomenten, según su propio carácter, los propósitos y proyectos de ella, tanto de renovación bíblica, litúrgica, pastoral, ecuménica, misionarial y social.

Era natural que a este llamado acudiesen todos los religiosos con mayor atención para actualizarse, para "aggiornarse", según la palabra característica del Papa Juan XXIII, en el cumplimiento de su misión de Iglesia. Así habían de nacer las conferencias y federaciones de religiosos, a distintos niveles, incluso el nivel diocesano, en el cual se está realizando, con inmensas ventajas para cada Iglesia diocesana, una federación de religiosos que unen sus esfuerzos con los demás elementos activos del personal apostólico.

Renovación sobre todo interior

No faltan quienes echan la culpa al Concilio de cuanta indisciplina, desorientación y desviación ven en la Iglesia en nuestro tiempo. Incluso en la vida religiosa un fuerte desequilibrio ha hecho tambalearse a más de una comunidad, a más de un instituto y a más de un monasterio. Quien penetre, sin embargo, en el espíritu del Concilio, y quien estudie a fondo sus documentos, que son su auténtica expresión, comprende cuán lejos están de él las crisis que han sacudido y aún sacuden a la Iglesia y a sus instituciones. Más bien es el Concilio, presidido por el Espíritu Santo que asiste indefectiblemente a la Iglesia, quien poniendo el dedo en la llaga, ha traído remedios tal vez dolorosos, que significarán nuevas energías de salud, desarrollo y autenticidad de vida, necesarios para una nueva etapa de la obra redentora de Cristo, encomendada a su Iglesia para todos los siglos.

En cuanto al espíritu de los religiosos, les dice el Concilio: "Ordénese la vida religiosa a que sus miembros sigan a Cristo y se unan a Dios por la práctica de los consejos evangélicos. Hay que pensar seriamente que las mejores acomodaciones a las necesidades presentes no surtirán efecto si no se vivifican con una renovación espiritual, a la cual siempre hay que atribuir la fuerza principal en la ejecución de las obras externas" (N. 2, cit. Decr.).

Los conflictos que han surgido sea en la acción pastoral, sea en la interpretación doctrinal, como en la liturgia o en la vida religiosa, provienen de una incorrecta comprensión del espíritu del Concilio, del afán de asimilarse al mundo, como si éste hubiese de proponer al cristiano y al religioso el ideal de pensamiento y de vida que han de abrazar; del afán de exterioridades que hacen perder el espíritu, y de un criticismo personal que fácilmente elimina la disciplina del amor, el cual siempre es humilde, res-

petuoso y ansioso por servir en obediencia a la unidad. Es cierto que, en nombre del Concilio, se han dicho verdaderos disparates y se han hecho desaciertos inconcebibles, que el buen juicio y un estudio serio alejarán a su debido tiempo, cediendo el paso a la verdadera renovación que ya está en marcha.

Además determina el Concilio que la renovación de cada congregación o instituto ha de realizarse con la colaboración de toda la comunidad, tomándose el parecer de todos los religiosos, previo estudio de las disposiciones conciliares, para que no sea una imposición ignorada, o una interpretación de sólo un sector de religiosos, sino un avance espontáneo a mayor perfección conforme a la vocación que recibieron del Señor.

Ya a esta fecha han sido revisadas, prácticamente, las constituciones de todos los institutos religiosos, aun de los más antiguos, puesto que todos han de vivir ulteriormente y han de servir a la Iglesia de hoy. Un inmenso trabajo de estudio y de profundización comunitaria ha sido realizado en todos los niveles, en cada uno de ellos, con una extraordinaria penetración en el plan salvador de Dios, como una nueva plataforma de vida y de labor apostólica en los inicios de una nueva época, digna del hombre que siempre supera etapas y, sobre todo, digna del Señor de la Historia, que señala a los cristianos, y, entre ellos a los más generosos, metas siempre más claras, más exigentes, más hermosas y más altas.

V. LA RELIGIOSA EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO DE HOY

"Levadura en la masa", es la imagen que emplea el Evangelio para significar la presencia activa y fecunda de la Iglesia en medio del mundo. Más aún, la actitud de la Iglesia, que no puede ser sino tomada de la actitud del Maestro, es la del servidor de los hombres: "No vine a ser servido sino a servir" (Mat. 20,28).

Servir, pues, a Dios y servir a su Iglesia es servir a los hombres en cumplimiento del mandato del Señor, especialmente en lo que atañe a su eterna salvación. La religiosa ha hecho ofrecimiento de su ser y se ha dispuesto a servir con entera disponibilidad. Este servicio será múltiple, y para realizarlo ella requerirá no sólo disposición y voluntad, sino preparación basada en el conocimiento del mundo de hoy, en las condiciones en que viven y actúan los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Con razón el Concilio insinúa la necesidad de que sean versadas en Teología, en ciencias humanas y en las técnicas con las cuales el hombre avanza en el dominio del mundo.

Se abren, pues, para la religiosa, multitud de nuevos campos y formas de apostolado, antes desconocidos para ella. El marco tradicional de la religiosa era en general reducido a los establecimientos propios de su congregación o instituto: colegios, hospitales, orfanotrofios, asilos, etc., con grandes comunidades a cargo de ellas, donde todo estaba regulado por la

vida religiosa, el orden y la piedad. Naturalmente estos establecimientos florecen aún, y quiera Dios que se mantengan y multipliquen. Pero ante el crecimiento demográfico inmenso y las ingentes necesidades de numerosísimas poblaciones nuevas, se hace imposible multiplicarlos, ya que no aumenta proporcionalmente el número de las religiosas ni sus posibilidades de acción. Por otra parte, es el Estado quien va haciéndose cargo de la educación, de la salud y los demás servicios que la sociedad requiere. Sólo en tierras de misiones, es decir en pueblos atrasados, la Iglesia supletivamente se ha hecho cargo de servir al hombre en todas sus necesidades, como abriendo el camino, por la caridad, a los servicios que la sociedad moderna se siente obligada a prestar al ser humano.

Por una parte, se abre para la religiosa la gran perspectiva de comprometer su acción servicial, sea en educación, en la salud, en la acción social, no ya en establecimientos religiosos, sino en cualquier establecimiento, donde ciertamente su dedicación, su amabilidad y su competencia van a abrirle siempre nuevas puertas. Por otra parte, por mucho que aumente la perfección de los servicios que el Estado ofrece a los ciudadanos, hay un servicio que sólo el cristiano, y que sólo el religioso y la religiosa pueden ofrecer, y es el servicio del espíritu, el consuelo del corazón, la iluminación acerca de los bienes inestimables de la vida eterna, sin los cuales la vida presente no tendría sentido trascendente, ni valdría la pena vivirla.

Y allí tenemos el campo abierto a la vida religiosa para el porvenir. Su presencia y su acción será más eficaz y más necesaria que antes: en la enseñanza, a la cabecera de los enfermos, en el apostolado parroquial, en la catequesis, en el apostolado juvenil, en el apostolado familiar, en el de los medios de

difusión, y allí donde la persona humana sea acreedora de promoción temporal y espiritual.

Y queda el campo ilimitado de la vida contemplativa, siempre abierto a quien comprende sus atractivos, sus sacrificios, sus encantos, su "fecundidad misteriosa" pero real en el seno de la Iglesia, puesto que los monasterios están señalando como faros luminosos a los peregrinos de la vida cuál es la meta de todos los caminos.

**Auténticas
religiosas**

La Iglesia, y por lo tanto el mundo, esperan de la religiosa ante todo que sea auténtica. Es elemental, pero es

lo fundamental.

Nuestro tiempo ha visto el nacimiento y el desarrollo de la Acción Católica, y la acentuación del rol de los laicos. Las religiosas, durante las últimas décadas, han llegado a considerarse como "menores de edad", eclipsadas por la feliz irrupción del laicado en la toma de conciencia valiente de sus responsabilidades en la ciudad del hombre y no menos en la ciudad de Dios. El mismo clero ha quedado sorprendido, a veces, por esta presencia y esta acción de los laicos que se han sentido adultos en la Iglesia. Otros, en cambio, han acogido con ardor esta nueva fibra de militantes, llegando a probar un complejo de inferioridad ante los laicos, capaces de comprometerse profundamente en la acción temporal, tomar parte en la lucha obrera, colocarse en pleno frente de batalla, sintiéndose impedidos por su sacerdocio.

Los mismos sentimientos de inferioridad y hasta de envidia ante los y las militantes laicos sumidos en la masa humana han sido sentido alguna vez por las religiosas. Tal vez recuerdan su juventud militante, ardiente y entusiasta, mezcladas en la vida, descubriendo la naturaleza y el mundo, en un senti-

miento de libertad y de donación. Admiran a las jóvenes de hoy, libres en sus movimientos, prolongando su entrega hasta tarde por la noche, participando en toda clase de estructuras de cultura, acción y apostolado, revisando las propias actividades con toda libertad. Ellas, en cambio, se sienten limitadas por sus constituciones, dependientes de sus superiores, estorbadas en sus ansias apostólicas por sus hábitos religiosos, detenidas hasta en sus ardores de pobreza y abandono a Dios, mientras el confort del propio establecimiento y la seguridad de sus vidas las avergüenza ante los reclamos del proletariado que las señala como miembros de la burguesía. La vida religiosa llega a figurárseles una jaula, un impedimento. Se está protegida, ciertamente, como en una fortaleza, pero no se puede salir para ir a la pelea.

Y sin embargo, la Iglesia admite y prefiere la virginidad consagrada al simple hecho del celibato y al estado cristiano del matrimonio. Ella espera ansiosa que la religiosa lo sea auténticamente, de alma, vida y corazón. Ya consideramos el significado de la elección divina, de la consagración en el estado de esposas de Cristo. El es suficientemente grande y poderoso para ser solo amado, de todo corazón, sin límites ni duplicidades del corazón.

La religiosa ha sido puesta aparte de la vida corriente y natural de los demás hombres y mujeres, de la agitación del mundo, para servir con inmediatez a Cristo el Señor y a sus intereses. Esto es lo que la Iglesia espera de ella: que haga profundo el sentido de su vocación, en la plenitud de la fe, sin entrar a juzgarla con las reglas de la sabiduría humana o las corrientes en boga del pensamiento social, científico y teológico. De la misma manera que de las esposas cristianas, la Iglesia espera que sean más cristianamente esposas y madres, y como de los sacerdotes ella espera que sean más plenamente sacer-

dotes, hombres de Dios en medio de los hombres y para los hombres. Lo que tenemos que perfeccionar siempre es llegar a ser en plenitud lo que somos; esto es lo serio, lo definitivo. Cuando una vida toma su belleza del marco en el cual se encuadra, bien se puede dudar de su profundidad. Por ejemplo, si una esposa se entrega al servicio del barrio, pero echa a negligencia a su marido, y no acepta los hijos, no se ha centrado en el plan de Dios. Cuando un sacerdote desempeña un gran rol temporal minimizando su Misa, su oración, su ministerio propio, no está por cierto centrado en el plan de Dios. Cuando una religiosa pone toda su vida en su servicio, en su oficio, en sus preocupaciones exteriores, y no en su unión de amor con Cristo, ella no está centrada en el plan de Dios.

Y hoy hay que recordar estos principios.

**Testigos
de Cristo**

La Iglesia espera de las religiosas que sean testigos de Jesús, como lo fueron sus Apóstoles y sus Discípulos. El testimonio, de lo cual hoy tanto se habla y se escribe, no es un suplemento añadido a la vida, sino que es la vida misma que irradia fe, y la palabra sencilla que explica con simplicidad esta fe. Hoy se discute sobre el valor del testimonio, del signo y del contrasigno. Sería más simple y más urgente amar a Cristo de todo corazón, para dar testimonio de él porque se adhiere a él, tal como lo hicieron sus primeros testigos cuyos nombres figuran en el Evangelio, en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pablo.

La luminosidad del testimonio hará que sea percibida aun por aquellos que están alejados, cuya fe se halla casi extinguida. Una luz débil no es percibida desde lejos y por ojos cuya capacidad de ver es débil. Así sucede con la vida cristiana, y sobre

todo con la vida religiosa, la cual no puede quedar en la mediocridad, sino que debe irradiar amor con mayor vigor que la del cristiano, pues su presencia es esencialmente SER SIGNO, no ya sólo por el hábito que la distingue de los demás, pero que puede quedar incomprendido por la mayoría, ya que "el hábito no hace al monje", sino por la luz que irradia en vida y actitud permanente, fruto exclusivo de su donación y permanente unión con Aquel que dijo: "Yo soy la luz del mundo".

Hay una "frontera del sonido" que es necesario superar para que haya percepción. Hay igualmente una frontera de plenitud cristiana que es necesario superar para que haya percepción del testimonio, y es esta la característica de la religiosa que vive su consagración virginal.

Testimonio comprensible Para que el testimonio sea comprensible es preciso que corresponda a la idiosincracia, las necesidades, la sensibilidad de nuestro tiempo. Hay que tomar la gente con la cual se vive tal como es. Puede decirse que hoy hay tendencia a la admiración de la pobreza, resultado de despojamiento y simplicidad, vividos con naturalidad más que como expresión de reglamentos y fórmulas que podrían aparecer sin alma, despersonalizadas. La mentalidad moderna rechaza el conformismo virtuoso de una vida religiosa. Por lo cual, la pobreza significará un testimonio evangélico comprensible si, apoyada fuertemente en el Evangelio, se traduce modestamente en un estilo de vida correspondiente a la mentalidad de hoy. Los hombres tienen ojos para ver, y el Señor dice que "viendo vuestras buenas obras, glorifiquen al Padre Celestial" (Mat. 5,16).

La gente moderna es menos sensible a la obediencia que a la pobreza. La obediencia es identificada igno-

rantemente con la falta de personalidad, con la servidumbre, con el infantilismo. Esto no quiere significar que la religiosa vaya a renunciar a la obediencia, que la hace semejante a Jesús, que se hizo "súbdito de José y María", y "obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Por cierto que la obediencia es una virtud cristiana bastante despreciada hoy, pero es ella la que constituye lo más arduo y lo más valioso de la vida religiosa. Sin embargo, habría que hacer brillar el valor de la obediencia de tal manera que, lejos de desestimarla, los hombres de hoy lleguen a apreciarla en toda su grandeza. Será por los rasgos sensibles al hombre de hoy que la obediencia religiosa llegará a serles respetable e imitable. Una obediencia reticente, de mala voluntad, una autoridad criticada o puesta en duda, una superiora falta de comprensión y de amor, una comunidad dividida, no significarán nada superior, no serán un testimonio evangélico, y quedará intacta la mentalidad moderna que reivindica la autonomía y cae en la anarquía. Una obediencia alegre, que demuestre plenitud y entusiasmo, llega a convencer a los más reticentes. No puede resistirse el testimonio de la felicidad de ser dócil a Dios en su Iglesia, virtud que supera cualquier disgusto o ruptura interior, y que pasa por sobre el dictamen de la protesta natural, hija de la sabiduría humana.

En cuanto al testimonio de la castidad, el mundo cree más que al de la pobreza religiosa, por cierto; pues no entra a juzgar lo que no ve, mientras las habitaciones, los muebles, las comidas, los estima en valor calculable, que lo hacen dudar del valor de la pobreza religiosa. La castidad es para ellos un hecho, pero, ¿es para el mundo un testimonio de Cristo? Parece bastante difícil, para un incrédulo o una persona de poco desarrollo religioso, admitir que pueda elegirse el celibato por amor único y absoluto al Señor Jesús. La religiosa no grita desde los tejados el secreto de su corazón. Ni siquiera un cris-

tiano de mediana vida interior expresa con facilidad su amor a Cristo: es el secreto del Rey.

Siempre los grandes amores son silenciosos. Esto no impide que de todos modos la castidad religiosa, como la sacerdotal, sean un testimonio en medio del mundo en cualquier tiempo. Pero sin duda el testimonio será comprendido más fácilmente si es vivido alegremente el don de sí a Dios y a los demás. Es cuestión de la calidad del don, de la aceptación gozosa del compromiso que no es carencia de amor, sino acto permanente de amor superior. Agobiado el mundo moderno por problemáticas urgentes, por los compromisos sociales, económicos y políticos, por las angustias de la agitación permanente, necesita motivos auténticos para el gozo interior y la alegría. Hay por esto una sensibilidad aguda por la verdadera alegría, y cuando la religiosa manifiesta en profundidad, en integridad, en duración permanente el gozo de su amor, su testimonio es comprensible y eficaz. Parece que nada necesita tanto la sociedad de hoy como testimonios vivos de felicidad interior, que pueden descubrir a los ojos de muchos el valor de la fe, de los dones del espíritu, de la consagración virginal. "Por el esplendor de la virginidad la Luz Eterna brilló sobre el mundo", exclama la liturgia.

Apóstoles de la Iglesia Si las religiosas son por su estado un testimonio, son igualmente un cuerpo apostólico, destinado a múltiples tareas de servicio para con los miembros vivos del Cuerpo de Cristo que es la humanidad, sea entre cristianos sea como misioneras de la fe en regiones que recién se abren al Evangelio. La Iglesia cuenta, pues, con este inmenso y disciplinado contingente virginal, y contempla orgullosa el innumerable ejército de las religiosas en todos los países del mundo.

Ella quiere, sin embargo, que conozcan las sombras y las claridades del mundo de hoy: sombras de des-cristianización, de incredulidad, de injusticias, de tendencias materialistas, de regreso a la sensualidad, a la dureza, a la crueldad. Falta de sacerdotes y de vocaciones a la vida religiosa. Claridades de apostolado: renovación de catequesis, colaboración activa de los laicos, compromiso temporal de cristianos en el mundo, renovación del sentido profundo de la liturgia que surtirá sus frutos una vez superados los desequilibrios, renovación del sentido comunitario de la vida cristiana, deseos de justicia, de autenticidad, de renovación espiritual. Con frecuencia se hacen juicios pesimistas sobre el presente en comparación con el pasado. Todo cambio de época trae consigo pérdidas y ganancias: la sabiduría cristiana "sabe sacar de los tesoros de la fe cosas nuevas y antiguas". La Iglesia es siempre idéntica a sí misma, y nunca le falta la presencia del Maestro, ni la promesa del Padre, ni la acción del Espíritu Santo. Las religiosas, como nunca tal vez antes, saben hoy "sentir con la Iglesia", más todavía, sentirse Iglesia, participando en sus angustias y esperanzas, para trabajar más concretamente con ella, concededoras de todos los problemas, de sus inquietudes y de sus necesidades.

CONCLUSION

En su reciente Exhortación Apostólica a los religiosos, acerca de la renovación conciliar, el Papa Pablo VI pone de manifiesto el sentido profundo que tiene la vida religiosa y su importancia en la vida de la Iglesia. Termina poniendo de manifiesto la incomparable alegría del alma que se ha entregado y pertenece definitivamente a Dios por medio de su profesión. Con sus mismas palabras queremos terminar esta Carta Pastoral conmemorativa del Cuarto Centenario de la primera comunidad religiosa en nuestra Patria:

“La Madre amadísima del Señor, bajo cuyo ejemplo habéis consagrado a Dios vuestra vida, os alcance en vuestro caminar diario aquella alegría inalterable que sólo Jesús puede dar. Que vuestra vida logre dar testimonio de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, asociados en la misión de la Iglesia, cooperan en la regeneración de los hombres. Que el gozo del Señor transfigure vuestra vida consagrada y la fecunde de su amor”.

Con nuestra bendición episcopal.

f. Francisco Valdés S.
Obispo de Osorno

Osorno, día 21 de septiembre, festividad de san Mateo Apóstol y Evangelista, Patrono de nuestra Ciudad.

INDICE

INTRODUCCION	3
I. EL MARCO HISTORICO	6
II. LAS RELIGIOSAS EN LA IGLESIA	15
Puesto de honor	15
Crisis moderna	15
Volver a las fuentes	17
La vida monástica	18
Las religiosas en el apostolado	19
Errores de la época	21
III. ESPOSA DE CRISTO	24
La vocación	25
Unidad de espíritu	27
Condiciones: dejarlo todo	28
Adherir íntegramente al Verbo	29
Medios con que cuenta la virgen consagrada ...	31
Jesús en medio	32
Fecundidad de la vida consagrada	33
IV. LA RENOVACION CONCILIAR	36
Regla suprema: el Evangelio	37
Inspiración peculiar	37
Participación en la vida de la Iglesia	38
Renovación sobre todo interior	39
V. LA VIDA RELIGIOSA EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO DE HOY	41
Auténticas religiosas	43
Testigos de Cristo	45
Testimonio comprensible	46
Apóstoles de la Iglesia	48
CONCLUSION	50

PORTADA :

Este crucifijo, originario de Quito, perteneció al Monasterio de Santa Isabel de Osorno, fundado en 1571, llamado "De las tres Isabelas". Al sucumbir la ciudad en 1604 después de cuatro años de asedio por los araucanos, durante los cuales las monjas se refugiaron en el fuerte, los sobrevivientes huyeron con ellas llevando consigo en larga y penosa odisea esta preciosa imagen, reliquia histórica que se conserva en el Monasterio de Santa C'ara La Antigua, de la Capital, que constituye la misma comunidad fundada en Osorno hace cuatrocientos años.